

taba aspectos morbosos que confinan con la psicología patológica. Los papeles encontrados permiten afirmar tal hecho, algo duro y difícil de admitir si se tiene, como todo el mundo tiene, la visión de un Dostoyevski puro y acosado por la desgracia.

Es cierto que la vida no le trató en forma muy apacible, pues además de los quebrantos monetarios que le tuvieron muchas veces sumido en la miseria, tuvo también reveses amorosos de importancia. Se ha venido a saber ahora, por ejemplo, que «El eterno marido» es una novela poco menos que autobiográfica. Dostoyevski se casó en primeras nupcias con María Dimitrevna, viuda de un maestro de escuela provinciano, al cual también engañaba... Y lo más curioso es que le engañaba con el mismo hombre que la haría ser infiel a la palabra jurada a Dostoyevski. Todos estos datos tristes, agobiadores, los sabemos gracias a la acuciosidad implacable de Liuba Dostoyevski, hija del novelista y de la segunda mujer de éste. Ana Grigorievna. En «El eterno marido» el retrato de María Dimitrevna corresponde a Matilde Vasiliévna: una mujer rubia, hermosa, esbelta, de estatura mediana pero de aspecto interesante y pasional.

Hasta aquí el novelista aparece en gran parte como

una víctima, como un ser digno de lástima por las desdichas que marcaron su vida. Pero los papeles inéditos a que nos venimos refiriendo nos dicen que fué además un hombre cruel, egoísta y de humor colérico. No sólo fué desgraciado, sino que también hizo desgraciados a cuantos vivían junto a él y aún a muchos de sus amigos y conocidos. Las revelaciones contenidas en los papeles que se han comenzado a publicar en ruso y en alemán nos cambian, pues, enteramente la faz moral del genial escritor. Esperamos conocerlos más directamente para informar con mayor precisión al público de «Atenea» sobre asunto que por referirse a tal personalidad tiene tan apasionante importancia.—S.

Cómo vivir de la pluma

Esta vieja cuestión que en todo tiempo ha preocupado a los intelectuales en estos últimos años,—años difíciles por cierto—ha sido de nuevo puesta en actualidad en Francia.

Numerosas son las revistas últimas llegadas de París, en las que se trata una forma u otra este asunto; pero queremos referirnos únicamente a una última encuesta que conocemos a este respecto y que ha sido formulada por Pierre Bonardi a varios intelectuales de prestigio. Las preguntas dirigidas

por Bonardi son las siguientes:

«¿Cómo consiguió usted la dignidad de su vida material, antes que la literatura le bastase? ¿Cómo consiguió librarse de todo lo que no era literatura, o *por qué no se ha librado usted?* ¿Qué consejo le daría al joven pobre que se cree capaz para la carrera, pero no sabe como penetrar en el estudio?»

Es de reconocer, y ya lo ha hecho el autor de la encuesta, que las primeras preguntas son un tanto indiscretas y por lo mismo no era de esperar que pudieran ser contestadas de buenas a primeras sin circunloquios ni reticencias. Por otra parte, cabe pensar si valdría la pena considerarlas y si algún interés pueden tener para los noveles las respuestas dadas en esa forma, aún cuando vengan de los escritores llamados mayores.

Con estas consideraciones, nos limitamos sólo a transcribir las repuestas dadas a la tercera pregunta.

Alejandro Arnoux dice:

«Soy partidario decidido de lo que se ha llamado el otro oficio. Me parece imposible, al menos hasta cierta edad, vivir puramente de literatura. Pienso también que es bueno estar en contacto con los demás hombres y vincularse a la sociedad por un sólido lazo. A un joven que se siente capaz para

la carrera le aconsejaría tener una profesión, distanciada de las letras, si es posible, para que no haya mezcla ni confusión en su pensamiento. Un oficio manual sería preferible, y yo he lamentado muchas veces no haberlo aprendido; los hay excelentes, limpios e interesantes; un hombre puede ganarse la vida con ellos y reservarse días de holganza intelectual.»

Michel Corday, Henri Duvernois y Charles Géniaux, con muy poca diferencia, opinan otro tanto. *Romain Rolland*, que no colabora en la encuesta, ya había opinado que el arte, para ser tal, debe apoyarse en un trabajo profesional cualquiera.

Edmond Haracourt:

«A todo adolescente le es fácil creerse favorecido por las hadas y lleno de un genio latente; pero si verdaderamente quiere llevar a cabo la obra que cree llevar en sí, que haga de su vida dos partes: una para el ensueño y otra para el pan. Así asegurará, en detrimento de su libertad material, su independencia espiritual y la dignidad de su vida. No teniendo que ser proveedor asalariado de la moda, quedará como único dueño de sí mismo, y nadie hace nada bueno más que cuando trabaja para sí, según su conciencia, y no según el gusto de los demás.»

Decidle al joven pobre que asegure su pan cotidiano y se entregue después al goce solitario de escribir lo que piensa o lo que siente, pero de escribirlo para sí. Si realmente tiene algún valor, lo sabrá al cabo de diez años; mas para aguardar al décimo año, el mejor medio es comer todos los días.»

Henri Béraud:

«Lo que aconsejo a los jóvenes escritores es vivir intensamente, mezclarse entre los hombres, observar con pasión, escuchar, leer, escribir, escribir veinte horas diarias mientras tienen fuerza; y los conjuro a apartarse de los snobs marchitos y de las flores enfermas. Les digo, simplemente, que en arte, todo lo que no es humano ni viviente, no es nada. Los que comprenden esto y no se desaniman por la verdadera dificultad del oficio de las letras: *aprender a parecer natural*, esos no deben temer al porvenir.»

Jean Ajalbert aconseja a los jóvenes que afronten todos los peligros, con esfuerzos heroicos, lejos de los diarios, de los premios y de las camarillas de París, siempre que tengan país,

empleo y la voluntad de triunfar sólo por sus obras.

Paul Brulat dice:

«Si tenéis una vocación real, trabajad, haced vuestra obra a pesar de todo. Poned en ella todo vuestro amor, toda vuestra conciencia y vuestra probidad. En cuanto a la justicia literaria, si existe, es prudente no esperarla sino de un lejano porvenir.»

J. H. Rosny (mayor) y *Marcel Prévost* no aconsejan nada. *G. de la Fourchardière* opina que «Los consejos de los mayores no pueden contribuir en nada al éxito de los jóvenes».

«En el siglo de los premios literarios—creedlo—la mejor manera de asegurarse la dignidad de la vida material, es no hacer literatura.»

Por último, *Willy*, dice:

«Que los jóvenes pobres se dediquen a la salchichería o a la pintura o a la agricultura, que, al parecer, necesitan brazos. En literatura no faltan pies.»

De todo esto se deduce al fin que la literatura es el peor de todos los negocios, y que es más fácil llegar a ser un buen escritor trabajando como sastre que siguiendo el camino de la literatura.—P.